

Por extraña y lúgubre que fuese la determinación de Morel, era sin embargo inevitable en aquellas circunstancias. El magistrado había prometido esperar en el cuarto de Alegría el resultado del coloquio, la familia de Morel ocupaba la habitación de Rodolfo, y sólo quedaba el fúnebre desván, al cual subieron Luisa, su padre y Rodolfo.

IX

CONFESIÓN

¡Cruel y triste espectáculo!

En medio del desván, yacía sobre el colchón de la idiota el cadáver de su nieta muerta en aquella mañana: el cadáver estaba cubierto con un pedazo de paño viejo. La viva claridad que entraba por la estrecha claraboya, iluminaba las caras de los tres actores de esta escena, con intervalos de sombra y de luz. Rodolfo estaba en pie, arrimado de espaldas á la pared y profundamente conmovido. Morel, sentado sobre el borde de su banco, con la cabeza baja, los brazos colgando, y con la vista fija y asombrada, no apartaba los ojos del colchón en que yacía el cuerpo de su hija Adela. Al ver aquel espectáculo, la cólera y la indignación del lapidario se desvanecieron, convirtiéndose en una sombría amargura: le abandonó su energía y pareció dispuesto á sufrir el nuevo golpe que le esperaba.

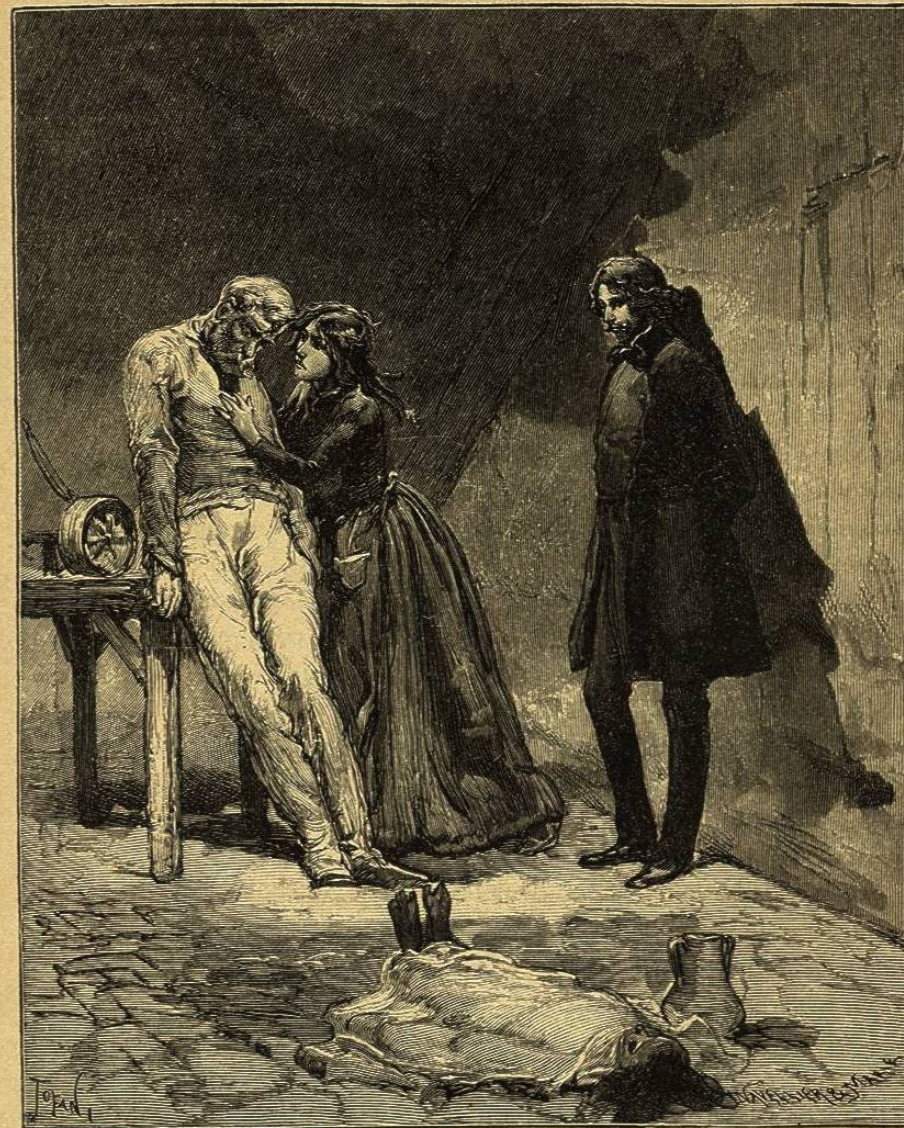
Luisa, cubierta de una palidez mortal, se sentía desfallecer y se horrorizaba al pensar en la revelación que iba á hacer ante su padre... Sin embargo, se aventuró á cogerle la mano, una mano flaca, descarnada y casi rota por el trabajo... El lapidario no la retiró: su hija prorrumpió en sollozos y la cubrió de besos, y sintió que la oprimía ligeramente los labios. La cólera de Morel se había aplacado, y sus lágrimas por largo tiempo contenidas, empezaron á correr á torrentes.

— ¡Padre mío... si supierais! — exclamó Luisa — ¡si supierais cuán digna de lástima soy!

— Sí, Luisa; mira, ese será el tormento de toda mi vida — repuso llorando el lapidario. — ¡Tú, tú á la cárcel...entre los criminales! ¡Dios mío!... Tú que eras tan orgullosa, porque tenías motivo para serlo... ¡No! — dijo en un nuevo acceso de dolor desesperado — ¡no! antes quisiera verte en el lecho de la muerte al lado de tu pobre hermana.

— Y yo también lo quisiera... ¡ojalá! — repuso Luisa.

— Calla, desdichada, no hables herejías... No supe lo que dije: he perdido la cabeza... Vamos, habla pronto: en nombre de Dios te digo que no ocultes la verdad: por espantosa que sea, dímela... que luego que la sepa me parecerá



¡Cruel y triste espectáculo!

menos cruel... ¡Habla! habla pronto, que son contados los momentos. La esperan abajo; sí, la esperan... ¡Ay, triste de mí! ¡qué despedida, Dios mío!... ¡á la cárcel!...

— Todo os lo confesaré, señor... — repuso Luisa resueltamente : — pero dadme palabra, y que nuestro bienhechor me la dé también, de no decirlo á nadie... de este mundo. Si él llegase á saber que habia descubierto el secreto... ¡Oh ! — añadió estremeciéndose de horror — estaríais perdido... perdido como yo... porque no sabéis el poder y la ferocidad de ese hombre brutal y malvado.

— ¿De qué hombre?

— De mi amo... — dijo Luisa en voz baja y mirando alrededor de sí, como si temiese ser oída.

— Tranquilizaos — repuso Rodolfo : — por cruel y poderoso que sea ese hombre, no importa, que ya lo combatiremos. Por lo demás, si yo llegase á revelar lo que vais á decirnos, sería únicamente por vuestro interés y por el de vuestro padre.

— Y yo también, Luisa, si yo llegase á decir algo sería tan sólo por salvarte. ¿Pero qué más ha hecho ese infame?

— Pero no es esto sólo — dijo Luisa después de haber reflexionado un momento : — lo que voy á decir se refiere también á otra persona que me ha hecho un gran servicio, y que ha sido una Providencia para mi padre y para mi familia : esta persona estaba empleada en casa de Mr. Ferrán cuando yo he entrado á servir en ella, y me ha hecho jurar que no descubriría su nombre.

Creyendo Rodolfo que esto se refería á Germán, dijo á Luisa :

— Si habláis de Francisco Germán, no tengáis cuidado, que no saldrá el secreto de vuestro padre y de mí.

Luisa miró á Rodolfo sorprendida.

— ¿Le conocéis? — le dijo.

— ¡Qué dices ! ¿ estaba empleado en casa del notario cuando has entrado á servir, aquel joven que ha vivido aquí tres meses ? — dijo Morel. — La primera vez que le has visto aquí me pareció que no le conocías.

— Así estaba convenido entre él y yo, porque tenía graves motivos para ocultar que trabajaba en casa de Mr. Ferrán. Yo soy quien le ha dicho que estaba desalquilada la habitación del cuarto piso, viendo que sería un buen vecino para mi familia.

— ¿ Pero quién ha colocado á vuestra hija en casa del notario ? — preguntó Rodolfo.

— Viendo que se alargaba la enfermedad de mi mujer, he dicho á madama Quiromántica, que es una señora que vive aquí y que presta dinero sobre prendas, que Luisa quería entrar á servir en una casa para ayudarnos. Madama Quiromántica conocía al ama de llaves del notario, y me ha dado una carta en que le recomendaba Luisa como una excelente muchacha... ¡oh ! si un rayo hubiera quemado aquella carta !... ella ha sido la causa de todos

nuestros males... En fin, señor, ya sabéis cómo mi hija llegó á entrar en casa del notario.

— Aunque sé ya algunos de los hechos que han despertado el odio de Mr. Ferrán contra vuestro padre — dijo Rodolfo á Luisa — os ruego que me digáis en pocas palabras lo que os ha pasado con el notario desde que estáis en su casa... porque podrá servir para vuestra defensa.

— En los primeros tiempos que estuve en su casa, ninguna queja he tenido de él — repuso Luisa. — El trabajo era mucho, el ama de gobierno me trataba con bastante aspereza, la casa era muy triste, pero yo sufría con paciencia, que al fin el servicio es el servicio, y en todas partes hay pan y lágrimas. Mr. Ferrán tenía una cara severa, oía misa todos los días y lo visitaban muchos eclesiásticos : yo no desconfiaba de él, porque al principio apenas me miraba y me hablaba con mucha seriedad delante de los extraños. Á no ser el portero que vivía hacia el lado de la calle, en la misma parte de la casa en que estaba el despacho, era yo la única criada con madama Serafina, ama de gobierno, y la parte de la casa que ocupábamos estaba aislada entre el patio y el jardín. Como mi cuarto estaba en el piso más alto, tenía miedo de noche, así cuando estaba en él como cuando estaba sola en la cocina que era subterránea. Un día que habia velado hasta muy tarde para acabar un trabajo urgente, al tiempo de acostarme oí ruido de pasos en el corredor, á cuyo extremo se hallaba mi cuarto ; detúvose una persona á mi puerta, y por de pronto creí que era el ama de gobierno ; mas como no acababa de entrar, tuve miedo, quedé sin aliento, púseme á escuchar, pero no oí ningún movimiento : y sin embargo yo estaba bien segura de que habia alguna persona á la puerta. Pregunté dos veces quién estaba... y nadie me respondió... Empujé mi cómoda hasta arriarla bien contra la puerta, que no tenía cerrojo ni llave, púseme otra vez á escuchar y como á nadie se oía, al cabo de media hora, que me pareció muy larga, me eché en la cama y pasé la noche tranquilamente. Al otro día pedí licencia al ama de gobierno para echar un cerrojo á la puerta de mi cuarto que no tenía cerradura, y le referí el susto que habia pasado la noche anterior ; pero me respondió que sin duda habia soñado, y que además era preciso que me dirigiese á Mr. Ferrán para lo del cerrojo. Al oír mi pretensión el notario alzó los hombros y me dijo que estaba loca ; de modo que no me atreví á decirle otra palabra. Poco tiempo después sucedió la desgracia del diamante. Mi padre estaba desesperado y no sabia qué hacer. Yo conté nuestra desgracia á la señora Serafina, y ella me respondió : « El señor es tan caritativo que acaso servirá á tu padre. » Aquella misma noche estaba yo sirviendo á la mesa, cuando me dijo Mr. Ferrán : « Tu padre necesita mil y trescientos francos : anda ve á su casa, y dile que pase mañana por mi escritorio á recoger el dinero. Es hombre muy honrado y merece ser atendido con interés. » Al ver esta prueba

de generosidad me eché á llorar sin saber cómo dar gracias á mi amo; hasta que por último me dijo con su aspereza ordinaria : « Basta, bueno, bueno, lo que hago por tu padre no tiene nada de particular... » Aquella misma noche después de haber acabado mi trabajo, vine á dar á mi padre esta buena noticia, y al día siguiente...

— Recibí los francos, y firmé un pagaré á tres meses de la fecha — dijo Morel; — lloré como ella de agradecimiento... y llamaba á ese hombre mi bienhechor... mi salvador. ¡Oh! ¡no sabe él el reconocimiento y la veneración con que lo miraba!...

— ¿Y no os dió en que sospechar esa precaución de haceros firmar un pagaré en blanco, y á plazo tan corto que os sería imposible cumplirlo? — preguntó Rodolfo.

— No, señor : lo que creí fué que el notario quería asegurar su dinero, y nada más; y, por otro lado, me dijo que no pensase en devolverle el dinero hasta pasados dos años, y que de tres en tres meses le renovaría el pagaré por mera formalidad. Sin embargo, al expirar el plazo me presentaron la letra, y como no fué pagada, obtuvo un mandato judicial contra mí á nombre de un tercero; pero me envió á decir que esto no debía inquietarme, porque había sido una equivocación del alguacil.

— De ese modo quedabais bajo su poder... — dijo Rodolfo.

— No hay duda, señor; porque desde aquel momento empezó á... Pero adelante, Luisa... dinos, hija mía, lo que te pasó... No sé donde estoy... la cabeza me da vueltas, y no sé lo que digo... ¡Dios me asista! me parece que al fin y al cabo vendré á perder el juicio... Porque es demasiado... es ya demasiado...

Rodolfo procuró calmar al lapidario, y Luisa continuó :

— Yo trabajaba con doble afán para manifestar al amo mi agradecimiento del mejor modo que podía. El ama de gobierno me cobró desde entonces una grande aversión, y se complacía en atormentarme y en hacerme quedar mal con mi amo, pues no me decía las órdenes que le daba para mí. Esto me hacía padecer un continuo martirio, y de buena gana hubiera buscado otra colocación, pero el favor que mi padre debía á Mr. Ferrán no me permitía salir de su casa. Hacía tres meses que Mr. Ferrán había prestado el dinero á mi padre, y á pesar de que delante de la señora Serafina me trataba con la misma dureza que siempre, me miraba sin embargo algunas veces á hurtadillas de un modo que me turbaba, y se reía de ver que me ruborizaba.

— Ya lo veis, señor; por aquel tiempo trataba de obtener contra mí un auto de prisión.

— Un día — continuó Luisa — salió después de comer el ama de gobierno contra su costumbre, los escribientes dejaron la oficina, y yo me quedé sola en

la casa con mi amo y me puse á trabajar en mi cuarto; cuando en esto toca la campanilla. Entro en su dormitorio y lo veo en pie delante de la chimenea, y al acercarme á él se volvió de repente y me cogió entre los brazos... tenía la cara abotargada, color de sangre, y los ojos le brillaban como dos ascuas. Entonces empecé á temblar de miedo; pero aunque la sorpresa me impidió hacer por de pronto ningún movimiento, y aunque es hombre de mucha fuerza, me defendí y conseguí escaparme hacia la antesala, cuya puerta cerré empujándola con toda mi fuerza, porque la llave estaba del otro lado.

— Ya lo oís, señor... ya lo oís... — dijo Morel á Rodolfo — ahí tenéis la conducta de mi digno bienhechor.

— Al cabo de algunos momentos la puerta cedió á los esfuerzos del amo — continuó Luisa; — pero felizmente como la luz estaba á mano conseguí apagarla; y como la antesala era grande y todo había quedado á oscuras, empezó á llamarme, pero yo no le respondí. Entonces me dijo con la voz temblando de cólera : « Si te haces la melindrosa, pierde cuidado, que yo pondré á tu padre de vuelta y media; verás si lo meto en la cárcel por los mil trescientos francos que me debe y que no puede pagarme. » Supliqué entonces que tuviese compasión de mí, le prometí que haría todo lo posible por servirlo bien como merecía el beneficio que había hecho á mi padre, pero le declaré que nada me obligaría á perder mi honra y á envilecerme.

— Sí, esas son palabras de Luisa — dijo Morel — de mi Luisa cuando tenía derecho para andar vanidosa y soberbia... Vamos... continúa...

— Estábamos, pues, á oscuras, cuando al cabo de un instante oí cerrar la puerta de la antesala que mi amo había encontrado á tientas, de modo que no podía escaparme. Corrió hacia su cuarto, y volvió poco después con una luz en la mano. No puedo explicar la nueva pelea que sostuve, sus amenazas y su persecución de cuarto en cuarto; pero por fortuna la desesperación, el miedo y la cólera me hicieron sacar fuerzas de flaqueza, y furioso al ver mi resistencia me golpeó y me maltrató, de suerte que me puso toda la cara ensangrentada..

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! — gritó el lapidario levantando las manos al cielo : — esos son crímenes... y no hay castigo para un monstruo semejante... y no lo hay...

— ¡Acaso lo habrá! — exclamó Rodolfo, que parecía sumido en profundas reflexiones; y luego dijo á Luisa : — ¡Valor, hija mía! continúa.

— Como había luchado tanto, empezaban ya á faltarme las fuerzas, á tiempo que el portero llamó dos veces á la puerta para entregar una carta. Temiendo que si yo no iba á tomarla entraría con ella el mismo portero, me dijo el señor Ferrán : « ¡Marcha!... di una sola palabra, y tu padre está perdido : si quieres salirte de mi casa, también quedará perdido, porque si vienen á